UN CUENTO AL DÍA

UN PAÍS QUE LEE, ES UN PAÍS QUE SUEÑA

WWW.UNCUENTOALDIA.CULTURA.GOB.CL

Gobierno de Chile

www.gob.cl

lee chile lee

Plan Nacional de Fomento de la Lectura

+4 AÑOS

LA NOCHE DEL TATÚ

MITO CASHINAHUA DE LA SELVA PERUANA

Por **Alicia Morel**.
Ilustración, **Loreto Salinas**

Los indios tejieron tupidos techos de paja y bajo ellos colgaron las hamacas. Pero no pudieron dormir. El Padre Primero no había creado aún la noche. El sol alumbraba todo el tiempo. El brillo y el calor caían sobre las criaturas sin descanso. No había amanecer ni anochecer, solamente mediodía. Cazar y pescar era la ocupación de los hombres. Cocinar y cuidar a los niños, el trabajo de las mujeres. Los indios se quejaban:

–Nunca podemos sentarnos a fumar junto al fuego, antes de dormir.

Las mujeres reclamaban:

–Tenemos que cocinar sin descanso. Como no hay noche, los hombres tienen hambre a cada rato.

Un día, Niva, la mamá de Cochipil, descubrió que el ratón tenía una pequeña noche en su cueva junto a la cocina.

–El ratón tiene noche y nosotros, no –contó al pequeño Cochipil.

El niño sintió curiosidad y se tendió en el suelo a mirar la noche del ratón.El animalito robaba algún pedazo carne o se comía una cucaracha y corría a esconderse en su cueva. Se ponía a dormir envuelto en su cola.

–¡Qué buena es la noche del ratón! –dijo Cochipil a su padre, el jefe Nahua.

–¿La noche del ratón? ¿Dónde la viste? –preguntó Nahua, sobresaltado.

–Allá, cerca del fogón donde cocina mamá –contestó el niño.

–¡El ratón tiene noche y nosotros no!

–Mi mamá dijo lo mismo –observó el chiquillo.

–Ya que tú conoces donde guarda su noche el ratón, ¿por qué no se la pides prestada?

–Lo intentaré –contestó Cochipil, entusiasmado.

Cuando su madre le dio una de las numerosas comidas del día, guardó los pedacitos de carne más sabrosos. Mientras sus padres dormían una corta siesta en las hamacas, Cochipil se acercó a la cueva del ratón.

Con gran cuidado, para no asustarlo, puso delante de la entrada los trozos de carne. Apenas el ratón asomó su hocico puntiagudo, el niño le dijo con suave voz:

–Si me prestas tu noche, te traeré más carne.

Al ratón le brillaron los negros ojillos y aceptó.

Luego de roer los trozos de carne, salió de sus ojos y de sus orejas un aire negro; subió al cielo y empezó a cubrir rápidamente la luz del sol. Y el sol, huyendo de la noche del ratón, bajó por el cielo y se escondió bajo el horizonte.

Y fue la primera noche.

Los indios vieron caer la dulzura de la oscuridad y se alegraron. Corrieron a sus cabañas a encender una buena fogata para sentarse a fumar y conversar. Luego se tendieron en las hamacas y

sintieron que las sombras eran como otro párpado sobre sus ojos.

Pero ¡qué poco les duró el descanso! Casi de inmediato empezó a amanecer y el cielo no tardó en llenarse de una luz fuerte que les quitó las ganas de dormir.

–La noche del ratón es muy corta –alegó Nahua.

–Hay que conseguirse una noche que dure varias horas para dormir a gusto –dijo Ruma, uno de los cazadores.

En medio de la selva encontraron al tapir comiendo hojas tiernas.

–Te perdonamos la vida si nos prestas tu noche –dijeron los cazadores.

El Tapir no quería morirse todavía y prestó a los indios su noche. De su cuerpo grande y gordo, de sus orejas y de su corta trompa, empezó a salir una noche espesa que cubrió rápidamente el cielo.

El sol se puso casi de inmediato y fue la segunda noche.

Los indios corrieron felices a sus aldeas de paja. Por el camino, vieron las estrellas por primera vez y se llenaron de admiración y cierto temor.

–La noche es una gruta llena de ojos –dijo Ruma.

–Sí, de ojos de tigre –añadió Nahua.

Encendieron sus fogatas, fumaron y conversaron hasta que les dio sueño. Luego, todos, hombres, mujeres y niños se tendieron en sus hamacas sintiendo la pesada noche del tapir sobre sus párpados.

Durmieron y durmieron durante horas y horas. Y soñaron mil sueños desde el principio del mundo. Después de mucho tiempo, amaneció lentamente. Cuando los indios despertaron, vieron que las malezas y los matorrales del bosque habían cubierto sus sembrados y destruido sus aldeas. Las enredaderas habían trepado hasta sus hamacas y techos.

–La noche del tapir es demasiado larga –dijo Nahua.

–Tendremos que hacer todo de nuevo, las siembras y las casas –se quejó Ruma.

Y Niva lloró:

–Mi cocina desapareció bajo la maleza y no encuentro mis vasijas de cuero y paja. La noche del tapir fue un desastre. Sin embargo, los indios no perdían la esperanza de encontrar una noche conveniente.

Después de limpiar su cocina y sus cacharros, Niva anunció:

–Cochipil, como niño, encontró una noche muy corta; los cazadores, como hombres, otra demasiado larga. Yo, mujer, buscaré la noche que conviene.

Y se fue por los montes hasta que encontró al armadillo en su madriguera. Dio unas palmadas para llamar la atención del animal, que no demoró en asomar su afilada cabecita. Parecía preguntar:

–¿Qué quieres, mujer, que vienes a molestarme en mi propia casa?

–Quiero que me prestes tu noche –rogó Niva.

El Tatú guardó silencio, pensando, con expresión desconfiada.

–Te daré las mejores sobras de la comida –prometió la mujer.

Al oír lo de comida, el Tatú despertó por completo.

–Te presto una sola noche –ofreció–; tienes que devolvérmela sin falta al amanecer. La mujer aceptó feliz y regresó a su cabaña.

Del fondo de la madriguera del Tatú salió lentamente su noche. El sol bajó poco a poco. Los hombres tuvieron tiempo de terminar sus trabajos y las mujeres, de preparar una sabrosa comida, antes que oscureciera.

Y llegó la tercera noche.

En todas las aldeas encendieron fogatas y la gente conversó y fumó alegremente. Cuando brillaron todas las estrellas, se acostaron en sus hamacas. Y la dulzura de la noche les cerró los ojos.

Amaneció a las pocas horas, luego de un buen sueño. Los indios estuvieron de acuerdo en que la noche del Tatú era la más conveniente.

Por eso, los hombres no quisieron devolvérsela nunca más. Y esta es la razón por la cual el Tatú duerme durante el día y corretea sin descanso en la oscuridad, porque no tiene noche.

ALICIA MOREL

Nací en la casa de tres patios de mis abuelos paternos, mi mamá me encontró muy fea porque había visto otros bebés hermosos. Un día me puso a dormir bajo una higuera y me resfrié. Sané del resfrío, pero al estar bajo el árbol mágico de la noche de San Juan, adquirí la costumbre de contar cuentos.

SANTIAGO SALVADOR ASCUI

SÚMATE A LA AVENTURA DE LEERLES

UN CUENTO CADA DÍA A LOS NIÑOS